

Tras las huellas de testigos de Dios



Cuando Ricardo Blázquez se convirtió en obispo auxiliar de Santiago de Compostela, su antiguo rector en el seminario de Ávila le hizo una recomendación que sigue cumpliendo: «Ricardo, continúa escribiendo». A pesar de sus muchos trabajos episcopales, y como presidente de la Conferencia Episcopal, confiesa que «la soledad es la oportunidad de leer y redactar». El último título que ha llegado hasta ahora es *Tras las huellas de testigos de Dios* (Ediciones Sígueme). Es sugerente desde su misma portada: uno de los retablos-relicarios que se reparten en los templos de la diócesis de Valladolid, el de la iglesia de Santa María del Castillo, en Olmedo. El objetivo de estas páginas se encuentra en una «invitación a hacer memoria de nuestro Señor Jesucristo» a través de los testigos que han existido a lo largo de la historia. No trata de proponer una interpretación ahistórica del pasado sino la rememoración de hombres y mujeres que «supieron iluminar y cambiar la historia con el Evangelio». Por eso, el cardenal Blázquez indica, desde su introducción, que «perder la memoria de las generaciones anteriores nos debilita para acometer los desafíos presentes», sabiendo que esa misma memoria «refuerza la comunión de la Iglesia en el tiempo».

El autor lo ha podido hacer a través de los acontecimientos que ha tenido la oportunidad de celebrar, en el marco de la Eucaristía donde se inserta su reflexión a través de la homilía. Estas páginas son los textos que Blázquez escribe previamente, que reza para elaborarlos, que después predica, la mayoría de las veces sin papeles porque se encuentran interiorizados. En otras ocasiones, si la solemnidad del momento exige no olvidar ni una coma, se encuentra entre sus manos el texto pero nunca siendo esclavo de lo escrito. Él siempre es el profesor que recibió la misión de ser obispo y de enseñar el Evangelio a su comunidad diocesana, pero también después, a muchos que le han escuchado, en virtud de su más amplia misión eclesial. Como él mismo confiesa, a este libro no han llegado solo como homilías sino como «alocuciones en este marco celebrativo y eclesial de personas y acontecimientos extraordinarios de años jubilares que han dejado una huella fecunda en la historia». Y para eso, ha introducido elementos históricos, culturales, teológicos y pastorales que han enriquecido más, si cabe, los textos que no podían perderse o permanecer solamente en el recuerdo.

Los momentos elegidos se encuentran muy vinculados, también, con la trayectoria personal del sacerdote, profesor, obispo y cardenal. Quizás no es la única protagonista pero me atrevería a decir que una de las más importantes es la madre Teresa de Jesús, «su» santa abulense, sin olvidar a sus monjas, porque como escribió fray Luis de León, ella continuaba viviendo en sus escritos y en sus «hijas». De esta manera, el cardenal Blázquez ha podido presidir numerosos actos que en los últimos años han conmemorado la presencia teresiana en la vida eclesial católica y específicamente española. En esta

memoria de los testigos ocupa un lugar principal la Virgen María, en sus distintas advocaciones históricas como la patrona de Valladolid, en su fiesta del 8 de septiembre —la Virgen de San Lorenzo—, la de África en Ceuta o la de Covadonga, en el año jubilar del centenario de su coronación canónica, signo de la devoción de muchos testigos del Evangelio. No podía estar ausente el patrono de la ciudad y diócesis vallisoletanas, san Pedro Regalado (en su fiesta del 13 de mayo) o el del clero español, el gran doctor san Juan de Ávila, hombre de reforma en la Iglesia hispana del siglo XVI. Decía antes que, a través de estas conmemoraciones, se recorren los ministerios del cardenal Blázquez como podemos observar en su visita a la Universidad de Salamanca, en los ochocientos años de su fundación, durante la Fiesta Sacramental de la misma, en su capilla y sin olvidar la vinculación inmaculista de la institución; o al Colegio Español en Roma (tras cumplir 125 años) y en el que vivió Blázquez entre 1967 y 1970. Culmina con otros encuentros eclesiales en el marco de la Iglesia de Castilla o de la propia Iglesia universal por su presencia en el Sínodo de los Obispos que trató en 2018 sobre la vocación de los jóvenes y la pastoral que sobre ellos debía realizarse. Podemos decir con estas y otras conmemoraciones, que la memoria de los que nos precedieron también permite dar cuenta de la fe que profesamos. Es bello y necesario el agradecimiento al cardenal Blázquez que nos descubre la experiencia que él tiene de la fe a través de los importantes acontecimientos que jalonan su cotidianidad en el ministerio. ●

Javier Burrieza Sánchez

Profesor de Historia Moderna de la Universidad de Valladolid